



SENTIDO TEOLÓGICO DE LA ADVOCACIÓN “JESÚS NAZARENO DE LAS PENAS”¹

Pedro Castón Boyer

Las penas o sufrimientos de Jesús no pueden reducirse a lo meramente corporal. Eso sería algo demasiado superficial y, sin duda alguna, tampoco se adecua al sufrimiento de Jesucristo. Las penas y sufrimientos de Jesucristo hay que buscarlos no solamente en sus miembros destrozados sino en lo más profundo de su alma. Las penas de su alma sobrepasaron sus sufrimientos corporales que, sin duda alguna, fueron muchísimos.

En bastantes momentos de su vida pública sintió pena y compasión de la muchedumbre que le seguía. Esta pena le llevaba a curar todas sus enfermedades y a darles de comer. El Evangelista San Mateo nos dice que sentía pena y compasión de la muchedumbre porque “estaban maltrechos y derrengados como ovejas sin pastor” y les curaba “toda enfermedad y dolencia” (Mt.9,35-36). En otra ocasión al desembarcar “vio Jesús mucha gente, le dio pena y se puso a curar a los enfermos” y por la tarde le dio de comer a la muchedumbre multiplicando los panes y los peces (Mt. 14, 13-21). Y otra vez en un monte, junto al lago de Galilea, “acudió un gran gentío llevándole cojos, ciegos, lisiados, sordomudos y otros muchos enfermos; los echaban a sus pies y él los curaba”. Y le repitió a sus discípulos que le daba mucha pena de esta gente, porque llevaban tres días con Jesús y no tenían qué comer. “Y no quiero -dijo Jesús- despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen por el camino” (Mt. 15,29-32).

Jesús sufría con las penas y sufrimientos de los demás. Y la pena más grande es la muerte de las personas queridas. Y Jesús lloró la muerte de amigos. Cuando murió su amigo Lázaro dice el Evangelista San Juan que Jesús “se echó a llorar” y la gente comentaba cuánto lo quería Jesús (Jn. 11, 14-36). Y una vez que fue a un pueblo llamado Naín, se compadeció de una madre viuda que había perdido a su hijo único. Al verla le dio pena de ella y le dijo “no llores”, y acercándose a su hijo difunto lo resucitó (Lc. 7, 11-14).

Y las penas de Jesús eran también muy grandes porque “vino a casa y los suyos no lo recibieron” (Jn, 1, 11), porque aquella generación que había oído sus palabras y visto sus obras no creyó en él, porque eran incrédulos y perversos (Mt. 17,17). ¡Qué sufrimiento tan grande el hacerse hombre para dar a conocer la Salvación de Dios y el verse rechazado, perseguido y condenado a muerte!

Pero indudablemente las penas y sufrimientos del Señor aumentaron en los días de su Pasión. La Pasión de Jesús concentra todo el sufrimiento humano posible: la traición de Judas, la angustia de ver la muerte cercana en el Huerto de los Olivos, el abandono por sus amigos más íntimos cuando más los necesitaba, bofetada, insultos y burlas, torturas físicas hasta provocarle la muerte, el considerarlo culpable siendo inocente y hasta el sentimiento de haber sido abandonado por su mismo Padre en el

¹ Publicado en VV.AA. *Granada y el Cristo de San Agustín*. Granada: Hipercor, 1994, pp. 253-256.



difícil momento de su muerte: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt. 27,46).

Para los cristianos en la Pasión de Jesús se manifiesta palpablemente que Dios se solidariza en el mundo con el que sufre (Mt. 25, 40 y 45). Para el creyente el problema no se plantea así: ¿cómo es posible que Dios ame al hombre si le deja sufrir?, sino que se resuelve en esta otra sorprendente pregunta: ¿cómo puede Dios amarnos tanto que se solidariza con nuestro sufrimiento? El trágico final de Jesús, dicen los teólogos, “es el resultado de la decisión del hombre, es la consecuencia de la libertad humana, no es la obra de Dios (...) Dios nos ha creado libres, con capacidad para hacer de la historia humana un paraíso o un infierno. Si las cosas van mal en la sociedad, la culpa la tiene el hombre y no Dios (...) Y así se ha comprometido a aceptar la libertad humana hasta sus últimas consecuencias. Incluso cuando la utilizamos contra el hombre y caemos en el homicidio, y cuando la usamos contra el mismo Dios y cometemos un deicidio”.

Jesucristo, decimos los cristianos, ha vencido al sufrimiento y la muerte, pero no los ha suprimido. Dios ha escogido los caminos del sufrimiento y del dolor para acercarse a los hombres y anunciarles de esta manera su salvación. El sufrimiento de Jesús para algunos será un escándalo y para otros una locura, algo sin ningún sentido. La cruz, dice San Pablo, “es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan –para nosotros- es fuerza de Dios”. Dios ha escogido “lo débil del mundo, para confundir lo fuerte” (1 Co, 1, 18, 27). No sabemos por qué, pero los cristianos sabemos que Dios ha escogido lo que la sociedad desprecia y aborrece para manifestar su fuerza y su poder. Nada más despreciable y aborrecible que un condenado a muerte. Eso fue Jesús y de esa situación de impotencia y humillación surgió el poderío de Dios, la victoria sobre la misma muerte que es la Resurrección del Señor, garantía de nuestra propia resurrección. Dios hirió la muerte con la muerte mediante la resurrección de Jesucristo.

Este es el sentido teológico de la advocación Jesús Nazareno de las Penas que, evidentemente, debe configurar la espiritualidad de los hermanos de nuestra Hermandad. Primeramente los hermanos deben conocer bien los contenidos teológicos de las advocaciones para poderlos meditar y darlos a conocer a los nuevos hermanos. Es lo que se entiende por evangelización: no descansar hasta que el Señor de las Penas sea confesado como Hijo de Dios por todo el mundo.

Otra consecuencia es el fomento de la solidaridad y la caridad entre los mismo hermanos y de los hermanos con todos los necesitados. El cristiano se solidariza con el dolor y el sufrimiento para desterrarlo de este mundo. “Si Cristo resucitó, también se exige de los cristianos la participación en la protesta de Dios contra el sufrimiento que hay en el mundo y con ello la instauración de signos de que el sufrimiento, la enfermedad y la muerte no deben tener la última palabra. La superación del sufrimiento no puede ser relegada al futuro, irrelevante para hoy, de las postrimerías, pues el mundo en el que Jesucristo curó y resucitó no puede ser sólo un valle de lágrimas y de lamentos. La resurrección del crucificado pone en evidencia que Dios, no sólo penetra en el dolor humano, sino que quiere asimismo vencerlo y superarlo.



Los obispos andaluces, al mismo tiempo que valoran la importancia de la caridad en las hermandades y cofradías insisten en que esa caridad no se quede sólo en ayudas materiales, sino que llegue hasta el compromiso en asociaciones eclesiales o civiles para promoción del bien común, pues creen que uno de los fallos del catolicismo tradicional “ha sido el desconocimiento completo de las implicaciones sociales de nuestra fe”.